

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*  
DE  
**La Novela Semanal Cinematográfica**



**LA FAVORITA  
DE LA LEGIÓN**

POR  
**GLORIA SWANSON**

—  
50 cts.

DWAN, Allan



BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE  
**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA**

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

*Wages of Virtue, 1924*

**LA FAVORITA DE LA LEGIÓN**

Preciosa película americana interpretada  
por la bellísima estrella

**GLORIA SWANSON**

Con Ben Lyon

Producción **PARAMOUNT**

DISTRIBUIDA POR

**SELECCINE, S. A.**



# LA FAVORITA DE LA LEGION

## Argumento de la película

Prohibida la reproducción.  
Revisado  
por la censura gubernativa.

Una noche, durante la primavera de 1908, una pequeña troupe de saltimbanquis hacía las delicias de unos cuantos desocupados en uno de los muelles de Nápoles.

El jefe de esa troupe se llamaba a sí mismo el "Gran Luigi" y no había quien quisiese disputarle el tratamiento. Ni el mismo Giuseppe, el violinista excéntrico de la pequeña Compañía, se atrevía a ello. Dotado de una admirable conformidad, el buen músico seguía rascando las cuerdas de su instrumento y soñando con una vida de artista en los bulevares parisienses.

En su improvisada tienda, el Gran Luigi estaba ejecutando un acto de fuerza doblando sobre sus ciclópeas espaldas una gruesa barra de hie-

rro que se moldeó fácilmente bajo el poder de su voluntad.

De pronto llegaron hasta el mísero barracón los gritos angustiosos de un ser humano que acababa de caer o arrojarse al mar.

—¡Socorro!... ¡Se está ahogando una mujer!...

Un movimiento de pánico se esparció entre los escasos transeúntes. Contemplaban la línea del mar, negra e impenetrable, en la cual alguien se debatía en lucha con la muerte... Pero, con el egoista instinto de la conservación, ninguno se lanzaba al agua para intentar el salvamento.

Giuseppe, que junto al Gran Luigi había hasta entonces deleitado a la concurrencia con las espléndidas filigranas de su violín, dijo a su compañero:

—¡Vete a salvarla, Luigi!... ¡Piensa en el anuncio que ésto nos dará!

—Comprendo... tienes razón...

Y sin vacilar arrojóse al fondo oscuro del puerto. Poco después reaparecía, entre los aplausos delirantes del público, llevando a una hermosa joven en brazos.

Ya en la barraca, Luigi depositó la muchacha sobre dos grandes cestos de mimbre. Acercó a sus labios una cucharada de buen vino napolitano, capaz de devolver la vida a los mismos muertos... La joven volvió en sí bajo el poderoso ardor del jugo bravío de la tierra.

Giuseppe, junto a la puerta, contemplaba a esa linda desconocida que el destino llevaba a su miserable tienda de feriante. Era hermosa, y

poco a poco el color de la sangre llenaba de una sombra rosada sus mejillas de tornasol.

—¡Sola en el mundo... completamente sola!— murmuró la pobrecita joven que había querido morir en plena primavera de su vida, en la edad maravillosa en que florecen, como capullos, los tallos de todas las ilusiones.

—¡Vamos... cálmese, niña!... — le decía una mujer, especie de criada de Luigi, que cuidaba de la limpieza del barracón.

—Quería morir... y sólo he conseguido despertar el enojo de Dios. ¡Perdóname, Virgencita mía!

La muchacha se llamaba Carmelita, y estaba cansada de vivir en un mundo que le negaba la felicidad. Huérfana, abandonada en la gran ciudad donde cada esquina extiende su mano de vicio, la pobre joven había querido hundir su cansancio, su fatiga por todo, en la quietud misteriosa de la muerte...

Y ahora, al abrir otra vez los ojos, bajo el cuidado de los feriantes, empapadas sus ropas por el abrazo frío del agua, un anhelo de vida, de recobrar aquello que voluntariamente quiso perder, la hacía agitarse y brillar con destellos de oro sus pupilas claras y transparentes.

—Ahora te cambiarás la ropa — dijo Luigi — y veremos lo que se hace contigo...

Y seguido de Giuseppe, salió al exterior del barracón, donde el gentío comentaba con animadas voces el gesto gallardo del luchador.

Una corona de ovaciones esparció sus sua-

ves palmadas sobre Luigi, quien sonriente, con un movimiento de sus brazos, acalló la multitud.

—¡Mañana por la noche tendremos el honor de presentarlos a la jovencita a quien el Gran Luigi ha salvado la vida de una manera tan heroica!

—¡Bien!... ¡Bravo!... ¡Bien por Luigi!...

El napolitano se sintió héroe, y quiso aprovechar el entusiasmo cálido de los espectadores nocturnos.

—Y ahora, amigos míos, os suplico seais generosos con la jovencita...

Y llevando en la mano una pequeña pandereta, comenzó a pasar ante los grupos:

—¡Por ella... por la chiquilla!...

Y las monedas caían como bendiciones... Sentíanse las gentes tiernamente cautivadas por la criatura que quiso morir y por ese gigante que la había salvado.

—¡Gracias... señores míos... gracias!

Cuando todos dieron su óbolo, Luigi les despidió con una sonrisa de agradecimiento.

—Hasta mañana, buenos señores...

Y haciendo sonar la pandereta, que esparcía un tintineo de plata, entró de nuevo en el baracón.

Carmelita había trocado sus ropas femeninas por un holgado traje hombruno.

—¿Qué tal la niña? ¿Se encuentra mejor?

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Muchas gracias!...

Luigi la contempló un momento, admirando su juventud graciosa y serena.

Giuseppe, junto a ellos, con una muda admiración, parecía extasiado, ajeno a todo lo que no fuera la figurita ideal de la muchacha.

El Gran Luigi, después de entregar una moneda a la sirvienta, guardó en un rincón el dinero recogido... Pensó que, en aquel lance, quien merecía un premio era él, y se apropió tranquilamente las monedas recogidas bajo el pretexto de la caridad.

Luigi se acercó a Carmelita. Con sus manazas férreas, que parecían hechas para la lucha, cogió una cadena de oro que pendía del cuello de la muchacha, y en el que estaban prendidos un anillo y un broche de valor.

—¿Qué es ésto?

—Era de mi madre — dijo ella—. La pobrechita murió, y ahora estoy sola en el mundo...

—¿Sola en el mundo?... ¿Sin hogar?... ¿Sin amigos?

—A nadie tengo... por eso quise morir...

Y la tristeza de su abandono, de su debilidad y pequeñez ante el mundo, producía en sus ojos una lucecilla de pánico.

Luigi meditó un instante. Y luego, acariciándola con su bondad que el idioma italiano hacía más dulce y cautivadora, le dijo:

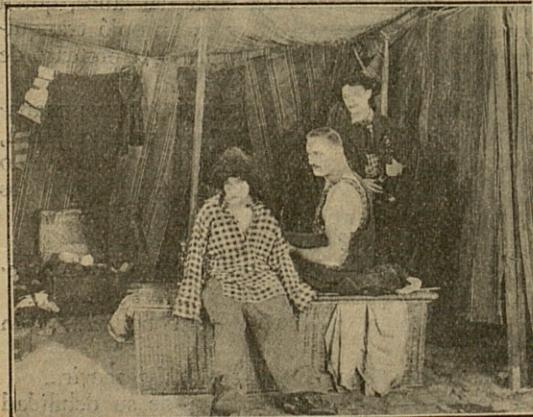
—¿Te gustaría seguirnos a nosotros por la tierra?

—Lo dice de veras?... ¡Sí... sí!...

Tenía la alegría de quien encuentra un nido que le parece de amor, del naufrago que halla el hogar calentado por el fuego.

—Pues entonces... te quedarás conmigo... bailarás... y tendrás muchos aplausos y regalos...

Y a la siguiente noche, el barracón del Gran Luigi tuvo un nuevo atractivo. El anuncio de



*—A nadie tengo... por eso quise morir...*

la presentación de Carmelita atrajo un público numerosísimo, ávido de conocer o de adivinar a través de las pupilas de la joven, el misterio de su suicidio.

Y ella salió para bailar, siguiendo con la repentina inspiración de la necesidad, la música

nostálgica que el buen Giuseppe arrancaba de su violín.

La pobre muchacha no sabía distinguir un fandango de una jota aragonesa, pero su gracia natural cautivaba al público que no pudo menos que aplaudirla...

Carmelita, deseando ahora vivir, se entregaba con delirio a su nueva existencia que tenía el prestigio de lo desconocido. Y más que su baile, su gracia, la expresión incomparable de su mirar, la sonrisa de su boca, estuche de intenso rojo que al abrirse esparcía cuadritos de luz, entusiasmaban al público callejero que no negaba sus moneditas de plata bajo el poder de su seducción...

¡Una chica así, que tenía la alegría de la felicidad, buscando la muerte! No, no sería la miseria la que la llevara a aquella determinación fatal; creían adivinarlo: era el amor, la pasión que atravesaba con sus ráfagas de tragedia el corazón juvenil de Carmelita. ¡Ah, muchachita enamorada!

Mas la felicidad en la pequeña troupe no podía ser muy duradera. El eterno huésped, el invisible compañero de la juventud, el amor, hizo su aparición en la tienda.

Giuseppe comenzó a sentirse turbado por la compañía de la muchacha que ponía en la miseria de su vivir un encanto azul. Aquella bella criatura que iba poco a poco recobrando el gusto por la vida, hacía soñar su alma exquisita de artista, de pobre iluso condenado al fracaso

y al dolor. Carmelita, si seguía con ellos, nunca lograría sobresalir del vulgar anónimo, su arte jamás doraría el mundo, todos sus méritos tendrían un fin estéril.

Y luego, para el músico era Carmelita la primera mujer que lograba conmoverle. Junto a ella, su alma se saturaba de optimismo, viéndose capaz de hacer grandes cosas, de levantarse del oscuro dominio de la pobreza.

Un atardecer, Giuseppe se acercó a su ídolo para explicarle con temblorosas palabras los anhelos que brotaban de su corazón:

—Carmelita, esta vida no es para ti... Es cierto que no eres todavía una artista en el verdadero sentido de la palabra, pero tienes talento... y, además, yo te enseñaría...

Ella le miraba queriendo adivinar los sentimientos de su amigo.

—Con Luigi — continuó diciendo él — pasarás una vida de aburrimiento, de pobreza... Y en cambio yo puedo ofrecerte lo que nunca has soñado...

El Gran Luigi, con el oído pegado a la recia tela del barracón, escuchaba atentamente. ¡Ah, Giuseppe ingrato!...

—Habla, habla, Giuseppe — dijo Carmelita—. ¿Es que crees que yo lograría ser una gran artista?...

—¡Qué duda cabe!... Eres ahora como un diamante en bruto; yo te puliría, mostrando a todos el brillo de tu persona... Iríamos a París... allí serías la sensación de los bulevares... Pronto

te harías rica... famosa... ¡Te envidiaría una reina!

En aquel momento, Luigi apareció ante ellos.. Aparentó serenidad, la tranquilidad exterior de un volcán al parecer apagado, en cuyo fondo las llamas pugnan por querer salir.

Giuseppe y Carmelita le miraron con cierto miedo, como si acabasen de cometer un delito.

—¿Qué le estabas diciendo de París? — le interrogó Luigi.

—Nada... nada...

—¿De modo que quieres quitarme a mi Carmelita?...

—Luigi... te explicaré... quería decir...

—Sígueme...

Lo dijo con tal ímpetu, con tanta fuerza autoritaria que el pobre Giuseppe, estirado y pálido, con esa miseria física de los artistas fracasados, fué tras él, temiendo un castigo de aquellos puños que parecían crisparse.

Los dos hombres desaparecieron en la oscuridad de la noche con dirección a los muelles... Carmelita les vió alejarse, levemente turbada, intentando adivinar lo que iba a ocurrir en el misterio de las sombras.

Giuseppe y Luigi anduvieron largo rato en silencio... El violinista se preguntó hacia donde le llevaría el jefe de la troupe en ese errante caminar por las calles negras como abismos, rasgadas por los ojos blancos de la luz.

Cuando estuvieron al borde del agua, Luigi, zarandeando brutalmente al artista, le dijo:

—Giuseppe... hoy te has jugado la vida... Has querido traicionarme como si yo fuera un necio... Y acuérdate...

Y levantándole en vilo, con la agilidad de un atleta, le tiró al mar.

—¡Acuérdate... acuérdate siempre! — dijo riendo.

Se oyó un rumor vago, llegaron salpicaduras húmedas hasta Luigi; algo pareció agitarse entre la línea del agua, coloreada de vez en cuando por los pequeños faroles de los mástiles... Nada más...

Luigi, después de lanzar una última mirada a la tranquila superficie negra, desanduvo su camino, contento de su venganza, con la tranquilidad de los hombres que, mucho antes, asesinaron su propia conciencia... ¿Qué le importaba a él una muerte más?

¡Apoderarse de Carmelita! ¡Llevársela de allí! ¡Carmelita, que era la mejor atracción de la troupe!... ¡Y aquel rascacripas fracasado quería arrebatarla!... ¡Infeliz! ¡Allí quedaba para siempre!

Cuando regresó a la tienda, Carmelita le miró miedosa, como si presintiera la tragedia.

—¡Empaca tus cosas! — le dijo Luigi.

—¿Voy a ir a París con Giuseppe? — preguntó ella, creyendo que de la entrevista entre los dos hombres habría surgido aquella determinación...

—Giuseppe no va a volver... Ahora les está haciendo serenata con su violín a los peces...

El corazón de Carmelita palpitó con violencia... ¡Ay, una riña por su culpa, una muerte! ¡Pobre Giuseppe!... Adivinaba parte de la tragedia; ¿por qué había hecho aquéllo Luigi?

—Antes te salvé de morir ahogada — siguió diciendo él—. Ahora te he salvado de algo peor que eso...

Y estas palabras las dijo con cierto aire paternal, agitando sus manazas en el aire, como si ahuyentara un terrible peligro.

Carmelita, con la ingenuidad de su pobre alma llena de nobleza, sentía por Luigi el cariño de la gratitud... El había salvado su vida y ahora... ¡quién sabe! ¿Es que Giuseppe era malo?

—El prometió llevarme a París — dijo — y hacer de mí una artista...

—¡Ah, Carmelita!... ¡Era un mal hombre!... ¡Lo que habría hecho hubiese sido venderte como una esclava!

—¡Pobre Giuseppe! — murmuró la muchacha.

Sentía confusamente en su alma el horror por el crimen, por la lucha en las sombras, y le parecía ver el rostro del músico agitándose por última vez en la planicie del mar... Iba a llorar...

Pero Luigi, acariciando su cara, la miró muy hondo, como si pretendiera llegar hasta el corazón de Carmelita.

—¡Carmelita, tú eres mía!...

Ella reclinó la cabeza... ¡Luigi!

—Y harás lo que yo te mande — siguió diciendo—. Giuseppe tenía amigos en la ciudad... y además, no quiero líos con la Policía... Tene-

mos que marcharnos de aquí esta misma noche...  
Arréglalo todo...

Ella bajó la cabeza... Su destino estaba ya ligado a ese hombre que la mandaba, acariciando y suavizando su voz al comunicarle sus órdenes... ¡Iría siempre con él!... Y cerraba los ojos para no acordarse del otro desdichado.

Y se fueron... y no dejaron rastro de ellos. La mano de la justicia se levantó airada, pero no pudo castigar al culpable... Y al cabo de algún tiempo, no hubo quien se acordase de la víctima, del bárbaro Luigi ni de la muchacha.

\*  
\*\*

Al cabo de dos años, en Sidi-bel-Abbes, puesto de la Legión Extranjera del ejército francés, en Argel, volvemos a encontrar al Gran Luigi.

En la Legión había hombres mejores y peores que el Gran Luigi, quien logró confundirse en sus filas, después de una existencia aventurera por las ciudades del Sur de Europa.

Soldado de la Legión, el napolitano seguía siendo el mismo espíritu brutal, enamorado con una insistencia agresiva del poder atlético de sus bíceps.

En las filas de la Legión figuraban individuos de todos los países del mundo, dispuestos a dar su vida por cualquier causa y a olvidar sus pecados. Era una mescolanza de gente, cuyo pasado

podía inspirar las mejores novelas de la humanidad. ¡Cada uno era un mundo!

Todas las mañanas, los legionarios procedían a la limpieza de su ajuar y de su correaje. Debían ir siempre pulcros, limpios, con la elegancia de los hombres de guerra que visten sus mejores galas para morir.

Equipo perfecto... atavío inmaculado... era éste el primer precepto de la Legión...

En esta hora de aseo personal, los legionarios, mientras daban lustre a correas o botonaduras, formaban grupos, comunicándose sus impresiones, con la sinceridad de los hombres guerreros cuya vida incierta está consagrada siempre a las necesidades del servicio.

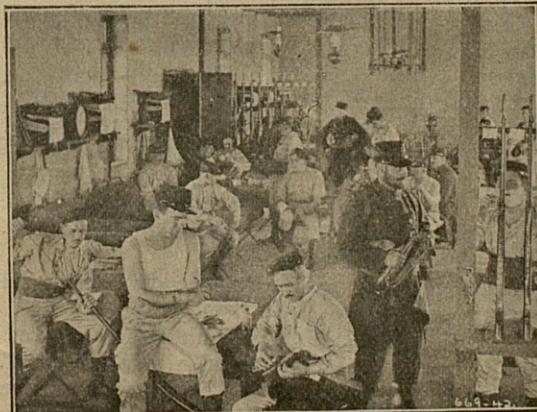
Una atracción misteriosa unía los grupos de legionarios, amistad nacida a veces entre gentes de distinta condición social y que procedían de campos enemigos.

Juan Boule, uno de los legionarios, había llegado directamente de los salones de Londres y ponía en la Legión el prestigio de su aristocracia. Hombre de mediana edad, afeitado y pulcro, con los ojos ligeramente cansados por una nube de tristeza, había tenido que ingresar en la Orden de la Legión, después de una dorada existencia entre gentes ricas y poderosas. Pero, de pronto, un cambio de fortuna, un amor dolorosamente tronchado, le obligaba a inscribir su nombre en este regimiento de la muerte.

Sentado junto a él, estaba un nuevo recluta,

llamado Marvin, procedente de los Estados Unidos.

Contemplando a este joven se adivinaba al ser superior, fino, educado en los críos de una sociedad refinada. Ni gestos plebeyos, ni palabras



*Equipo perfecto... atavío inmaculado... era éste el primer precepto de la Legión*

obscenas, ni actitudes que recordaran una vida de corrupción. Boule sintió la necesidad de intimar con ese hombre que había entrado en la Legión por ansia de aventura, cansado de la existencia muelle y elegante de Nueva York, por

la necesidad de nuevas sensaciones que despertaran su alma adormecida por un placer demasiado constante... Y con gesto noble, con la impulsiva irreflexión de la juventud, había venido a Argel, deseando escribir en el libro de su vida ese capítulo de la historia militar.

Con el pretexto de enseñarle el modo de limpiar las cartucheras, Boule logró conversar con Marvin.

En sus palabras había la curiosidad por conocer el pasado de este joven. Sin preguntárselo directamente, le hablaba de lo "pesada que era la vida de sacrificio".

—Y aquí estamos, a pesar de todo — le interrumpió Marvin—. Supongo que estará usted pensando por qué estoy aquí...

Boule contestó, rápido, queriendo ocultar sus pensamientos:

—En la Legión nunca preguntamos a un hombre quién es, ni de dónde viene, ni por qué vino...

—Se lo diré a usted... En el mundo no había nada ni nadie que me importase, ni nadie a quien yo le importase... Y como último recurso vine aquí.

—Esto es precisamente la Legión — contestó Boule con amabilidad—. El último recurso para todos nosotros...

Otro legionario, llamado Le Broadway, oriundo de los bajos fondos neoyorquinos, que quería regenerarse en aquel ambiente de disciplina, se acercó a ellos.

—Tengo tantas ganas de saber noticias de mi

tierra, de Nueva York, que para obtenerlas sería capaz de pedírselas a un gendarme...

—En la Legión hay de todo — le dijo Boule—. Lo único que nos falta es un gendarme...

Y pronto una amistad firme unió a los tres hombres, que encontraban en ella, una fuerza optimista para sobrelevar resignados y alegres las penalidades del cuartel bajo el sol africano que parecía morder con dientes de fuego.

Tou Tou, un legionario que procedía de las cuevas de apaches de París, miraba con ironía a los tres amigos... ¡Oh, se daban importancia de hombres superiores!... No les toleraba; en cambio, gustaba de hablar mucho con Luigi, aquel italiano terrible que contaba, ante los negros vasos de vino, historias sangrientas, de mujeres y de crímenes en noches rojas de alcohol.

Si no hubiese sido por el vino barato, la Legión habría dejado de existir, y el vino barato se encontraba en abundancia en la cantina del Regimiento.

Las balas árabes habían hecho enviudar tres veces a Madame Anatolia, la cantinera, quien era candidata al matrimonio por la cuarta vez.

Los pretendientes a la mano de la cantinera eran numerosos, pues el casamiento equivalía a una vida de holganza y vino en abundancia.

Ella conservaba todavía el culto a los tres difuntos anteriores, cuyos retratos, orlados por crespones negros, estaban colocados en una alacena, frente al mostrador. Y no se decidía a escoger

entre los innumerables solicitantes que pretendían el casamiento.

Pero a Madame Anatolia le acababa de suceder una desgracia mayor que la pérdida de un marido: la inauguración de un café rival en los extramuros de Sidi-bel-Abbes.

En este café, situado en las ruinas de un antiguo fuerte moro, Carmelita se defendía haciendo las veces de cantinera, camarera y portera.

Ella, la antigua bailadora ambulante, había seguido constantemente a Luigi en su peregrinación por el mundo. Y al inscribirse el napolitano en la Legión, de acuerdo con él Carmelita había inaugurado aquel establecimiento de bebidas, donde acudían los soldados, bajo la influencia de los bellos ojos de esta mujer.

Una mañana, como de costumbre, Carmelita limpiaba su tienda, sacudiendo el polvo de los sillones y mesas, acumulado durante el día por la invasión de los soldados. Realizaba esta labor con entusiasmo juvenil. Se sentía orgullosa de dirigir este establecimiento donde la alegre algaraza de los hombres, ponía notas de música brava.

En uno de los ángulos de la sala, antiguo patio militar, un pequeño surtidor desgranaba en su tazón la sinfonía del agua. Carmelita gustaba de sentir la caricia líquida, bañando los pies y los brazos en su amoroso seno. Al sentirse en sus carnes el beso húmedo, experimentaba una

delicia voluptuosa, respirando con deleite la atmósfera fría que la bañaba.

Carmelita, desde el surtidor, vió una desgradable escena que ocurría en la calle.

Tres legionarios barrían la calle, arrinconando el polvo acumulado por el paso de la multitud. Desde sus ventanas, algunas mujeres moras contemplaban con hostilidad ese trabajo de los soldados, repugnándoles la presencia de aquellos europeos odiosos. Y para vengarse, echaban sobre ellos cubos de basura, todos los despojos de las necesidades domésticas. Los muchachos de la Legión procuraban escapar a esta lluvia maloliente, amenazando a las mujeres que se ocultaban tras las celosías.

Mientras Anatolia se consideraba con derecho al título de hija del regimiento, Carmelita, con muchos menos años que aquélla, esperaba hacerse llamar madre.

Al ver a los legionarios, sudorosos bajo el cálido sol, sintióse invadida de piedad y se dirigió hacia ellos. Llevaba sobre la cabeza una alta copa que despedía fulgores de diamante, herida por el sol. En cada una de las manos sostenía otra copa, y además, una pequeña vasija de vino que calmaría la sed.

—¡Muchachos, a beber!...

Y los tres legionarios, rivalizando en exclamaciones de amor por aquella criatura, apuraron de un sorbo el contenido de las copas, respirando con delicia al sentir en sus entrañas esa lluvia refrescante de vino.

—¿Qué sería de nosotros sin ti, Carmelita?... Otro legionario, olfateando el olor del vino, acudió corriendo...

—¡Carmelita... Carmelita... no se olvide de mí!...

—Anda, bebe...

Levantó la vasija y llenó la boca del soldado de un chorro azul tan poderoso que, incapaz de ser engullido por el legionario, vino a rezumar en grandes goterones por su barbilla y su cuello...

—¿Estáis contentos?... Pues, hasta la noche...

Y cimbreadándose, con cierta languidez aprendida de las mujeres orientales, volvió al café, mientras los soldados seguían barriendo las calles, alegres ahora y perfumados por el néctar azul...

Como hijos amorosos, los legionarios iban a visitar a Carmelita todas las noches.

Juan Boule había invitado a su nuevo amigo Marvin a visitar la taberna.

—Muchacho, ahora vas a conocer a la favorita de la Legión...

—¿Es bella?

—Como un ángel.

Boule con Broadway y Marvin se acercó al mostrador donde la joven despachaba con rapidez las constantes peticiones de los soldados.

Aunque el oficial de reclutamiento le hubiese aceptado, un individuo no era un verdadero legionario hasta que había pasado por el tiroteo de burlas de Carmelita.

—Muchacha, ¿qué te parece nuestro nuevo amigo? — preguntó Boule.

Carmelita contempló burlona al soldado bisoño, envolviéndole en una mirada entre amorosa e irónica. Admiró el fino porte del joven, sus facciones finas y su sonrisa de aristócrata.

—¡Qué pelo más bonito y sedoso! ¡Ahora comprendo por qué se descubre ante las damas!

Y lanzó una sonora carcajada que pareció ruborizar al americano. En efecto, todos los soldados llevaban bien encasquetado su kepis, mientras Marvin había dejado al descubierto su cabeza de enmarañados cabellos.

—Nuestro yanqui azul es un verdadero inocentón... — continuó Carmelita con gesto risueño—. Pero hay que saber que la inocencia es fruta prohibida en la Legión.

Los soldados reían, complacidos por los acerados dardos de la muchacha. ¡Aquella Carmelita, cómo sabía tomarle el pelo al más pintado!

Pero Marvin, amoscado por las risas, respondió tranquilamente:

—Pronto verá usted lo inocente que soy...

Y pretendió forzar la entrada del mostrador, levantando la tapa que impedía su acceso.

—¡Oh, no haga usted eso!... — dijo ella, en tono suplicante.

—¿Por qué?

—Porque si Luigi le atrapa a usted detrás del mostrador, va usted a ser tan inocente como un muerto.

—Y qué me importa a mí Luigi?

Con la fuerza de sus brazos, logró alzar la tabla, pero Carmelita se escurrió por debajo, corriendo hacia Luigi que entraba en la taberna, seguido de varios legionarios amigos.

—Luigi... Luigi... — dijo ella con alborozo.



—Pronto verá usted lo inocente que soy...

—¡Mi Carmelita!...

Y el forzudo gigante la levantó en brazos como una pluma, llevándola así por toda la taberna, entre las risas de admiración de los legionarios. ¡Qué suerte tenía aquel bruto!

Luigi y Carmelita desaparecieron por la puer-

ta del mostrador, hacia la cocina. El italiano esperaba la comida que las manos cuidadosas de la muchacha habrían preparado.

—¿Qué atractivo le encontrará Carmelita a ese salvaje? — preguntó Marvin a su amigo Boule.

—Me dijeron que un día le salvó la vida, y desde entonces Luigi se ha empeñado en que la muchacha le ganase la suya...

—¡Qué asco me da todo ésto!... ¡Prefiero estar solo en el cuartel!

Y salió del café, desilusionado. Carmelita le había gustado de veras, y cuando apenas la ilusión nacía en su alma, la grosera realidad, en forma de Luigi, se aparecía para arrancarla de ella. ¡Qué asco!

En la cocina, Carmelita, después de enjuagar el rostro de Luigi, sucio por el polvo de la calle, preparó el sabroso plato que emocionaba al italiano: macarrones. Humeaba la gran cazuela de pasta, llenando el aire de punzante aroma.

—Pronto, Carmelita... que tengo hambre...

—En el acto, Luigi...

Ella probó un macarrón, larguísima cinta amarilla que desapareció absorbido por su boca. Bien, bien... al punto...

Y llevando la cazuela humeante a la mesa, gritó:

—Aquí tiene el señor Luigi su adorado plato...

—Carmelita... muchas gracias!

Y empezó a comer, a devorar, en cucharadas enormes, el típico plato italiano, condimentado

con especias fuertes y olorosas... ¡Un verdadero tesoro!

Luigi y Carmelita se comportaban bien. El italiano vivía a costas de la muchacha, a quien, por



... empezó a comer, a devorar el típico plato italiano, condimentado con especias fuertes y olorosas...

otra parte, respetaba como a su hija. Y Carmelita sentía un amor de gratitud hacia el hombre que la arrancara de la muerte.

De pronto llegó a la cocina un rumor de alteradas voces. Por la ventana que comunicaba con

el café, la muchacha pudo ver a Madame Anatolia que, en medio del salón, gesticulaba furiosamente:

—¿Dónde está esa gata napolitana?... ¿dónde está?...

Y luego, paseando su mirada agresiva por los legionarios que se burlaban de ella, les decía:

—¡Indecentes!... ¡Metidos toda la noche en esta cueva, en vez de favorecer vuestra propia cantina... y a mí, que soy una pobre viuda!

Carmelita se sintió ofendida por la presencia de su rival.

—Espérate, Luigi mío... — dijo riendo.

Y fué al encuentro de la cantinera con aire provocativo y audaz.

—¿Qué se le ha perdido aquí a esta vieja? — dijo a los soldados.

—¡Ah, traidora! — rugió Anatolia —. Merecerías que te escupiera en la cara...

—¿A mí? ¡Veamos!...

Y con la ligereza y agilidad aprendidas en los años bohemios, empezó a pegar a Anatolia que, aunque mujer arrogante y forzuda, no sabía evitar los recios golpes de la rival.

De un violento manotazo le arrancó la mantilla, después la falda y, finalmente, cogiéndola por una pierna la derribó al suelo, entre los aplausos de todos.

Los soldados reían frenéticamente, entusiasmados por el combate que a muchos les recordaba los "matchs" de boxeo vistos en los días de paz.

Un legionario se sintió árbitro y comenzó a contar: Uno, dos, tres... siete, ocho, nueve...

Pero Anatolia, sin deseos de continuar la batalla, molida hasta los huesos, seguía inmóvil en tierra.

—¡Diez!... ¡Vencedora por k. o.! — dijo el soldado, levantando un brazo de Carmelita.

La muchacha saludó a los parroquianos... ¡Que volviese ahora a importunarla la vieja arpía!

Luigi, aturdido por los gritos, salió a enterarse de lo que ocurría.

—Madame Anatolia ha empinado el codo... Luigi mío, ayúdala a levantarse...

—¿A qué viene usted aquí, señora?  
Y cogiéndola, la puso en mitad de la calle.

—No vuelva por aquí a dar guerra.. ¡Quédese en su casa!

Pero Anatolia pareció cambiar de expresión ante el fuerte soldado... Dulcificó su voz, y como si pensara que el mejor medio de vencer a su rival era atrayéndose a Luigi, le sonrió, ensayando la más seductora de las actitudes.

—¡Ay, Luigi... Luigi... qué mala cosa es la vida!  
Luego, estrechando los brazos de Luigi, tan-teando la energética robustez de sus bíceps, exclamó:

—¡Pardiez!... ¡Qué fuerte eres, muchachote!  
Este elogio sedujo a Luigi.

—Sí... por este lado... nadie me vence...  
—¡Y qué te han de vencer, criatura!... ¡Luigi... en mi cantina estoy muy sola! ¡Qué triste es ser viuda!...

Y se alejó sonriente, como si le prometiera aquella mano suya que tantos codiciaban...

Luigi quedó un momento aturdido, vacilante... ¡No estaba mal la cantinera! ¡Y le pareció que no sería desacertado cultivar el amor que parecía llenar el volcánico corazón de Madame Anatolia!...

\*\*

Marvin había jurado no volver a poner los pies en el cafetín de Carmelita... Sin duda por esto al día siguiente se encontraba en él, más temprano que de costumbre.

Sentóse ante una de las mesas, con Boule. Se hallaba preocupado, luchando entre dos sentimientos que le impulsaban a acercarse o a alejarse de Carmelita.

Aquel día, Carmelita quiso recordar los lejanos tiempos de bohemia. Y obsequió a los concurrentes con una visión patética de la Danza de los Siete Velos, la cual, para los muchachos hambrientos de placer de la Legión, era sublime arte.

Danzaba con movimientos voluptuosos, con raras combinaciones de su propio estilo... Envuelta en velos, iba acercándose, insinuante y atrevida, a los legionarios, y dejaba entre las manos de algunos las ténues gasas que rodeaban el flexible talle de su persona...

Todos la codiciaban, deseando ser dueños de aquellos tules que deberían estar impregnados del olor de ella. Marvin, en un rincón, contemplaba malhumorado aquella escena de volubridad.

—Si fuese tan buena como usted dice, no haría lo que hace delante de toda esta gente — le dijo a Boule.

—Amigo mío, Carmelita es una de las mujeres más decentes que he conocido en mi vida.

—¿Cómo se explica, entonces, su adhesión a Luigi?

—Cuestión de gratitud, viejo... El regalo es del que lo hace y la recompensa... es una emoción sublime... La recompensa de la virtud.

Pero Carmelita se acercaba a él, con pasos lentos. Le miró hondamente y su cuerpo, hecho de sedas de rosa, rozó el del legionario. Sintió Marvin el espolonazo de su calor tibio, y arrancó otro de los velos que Carmelita le ofrecía.

La muchacha se alejó prestamente, desapareciendo de la sala. Pero Marvin se levantó, siguió sus pasos y abrió de par en par la puerta que la ocultaba...

Los soldados reían, sospechando que aquello acabaría tal vez mal...

La bailarina, riendo, le dijo:

—Le hizo Carmelita sonrojar a su bebé inocentón?

—A mí?... ¡Tú no me conoces!...

Y abriendo los brazos, estrechó el cuerpo de ella, besándola luego en la boca, aspirando la esencia misteriosa de aquella fuente de juventud...

Ella le rechazó, derrotada, con la indignación de su vencimiento.

—¿Qué te has pensado?

Y su mano cayó rápida sobre la mejilla del le-



... arrancó otro de los velos que Carmelita le ofrecía...

gionario, dejando en ella una sombra roja...

—Vaya con el santito!

Los soldados aplaudían el gesto audaz de Marvin, pero temiendo por éste. ¿No estaba Luigi por medio?

—Es un loco — gritó ella —; un loco como todos sus paisanos.

En aquel instante entró Luigi. Sospechó que algo anormal había ocurrido, al ver los rostros que cesaron de reir ante su presencia. Carmelita, temblorosa, corrió hacia él.

—Luigi mío, ¿dónde estabas cuando yo bailaba? — le dijo, sonriente.

—Temía la venganza del italiano contra el joven que, a pesar de todo, comenzaba a interesarle.

Tou Tou, el íntimo amigo de Luigi, dijo al oído de éste:

—¡El Yanqui Azul ha insultado a Carmelita!...

Marvin parecía esperar, sereno, los acontecimientos... ¡Que vinieran a matarle!

Un gesto feroz ensombreció el rostro de Luigi. Pero la muchacha, acariciándole, le dijo con voz dulce:

—Carísimo, no espantes a nuestro mejor parroquiano... ¡Tiene más dinero que todos los demás juntos!...

Y Luigi, para quien sus intereses eran cosa sagrada, no quiso pendencias.

—Dejémosle por esta vez... Anda, Carmelita, dame un vaso de vino...

Y como el italiano no sintiera ansias de combate, volvió a reinar la alegría en el café, animada por las continuas libaciones de los vinos.

Marvin, lentamente, salió...

\*\*

Al día siguiente, a la puesta de sol, los aterrados árabes huían, gritando que un legionario se había vuelto loco.

Cuando un hombre corre tres kilómetros en seis minutos, con el calor asfixiante de Argel, es que ha perdido la razón, o está cansado de la vida.

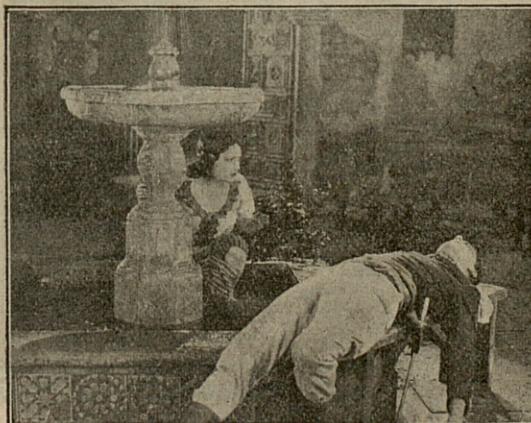
El soldado se dejó caer frente a la taberna de Carmelita, y luego, levantándose con duro esfuerzo, penetró en la sala.

Sin fuerzas ya, vió a Carmelita que estaba mojándose los pies en el surtidor, y se desplomó sobre un banco, lindante con la fuente. Estaba muerto.

La joven le roció la cara, y ese contacto frío

pareció retornar a la vida al soldado Marvin, que éste era el desesperado que acababa de entrar en el café.

—¿Qué le pasa a usted? — preguntó Carme-



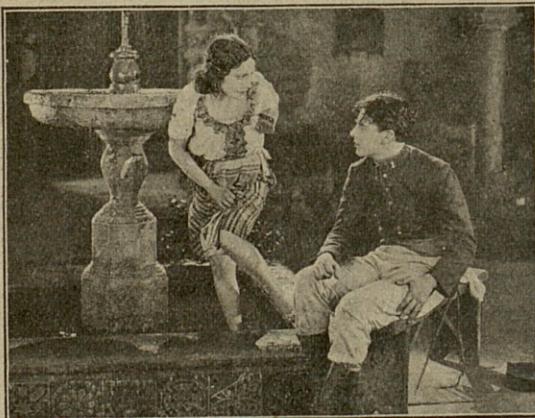
*... se desplomó sobre un banco...*

lita —. En Sidi-bel-Abbes sólo los locos corren de esta manera...

—Salí del cuartel... y vine a toda prisa... a pedirle perdón... por lo de anoche — murmuró, jadeante de cansancio.

—¿Pedirle perdón a Carmelita? ¡Esto sí que es gracioso!

—Me adelanté a todos... porque quería estar solo... contigo.



—¿Pedirle perdón a Carmelita?... ¡Esto sí que es gracioso!

Poco a poco iba recobrando las fuerzas. Ahora había cogido la toalla que tenía Carmelita y con ella pretendía secar los pies de la muchacha.

—¿De modo que asustó usted a todo el pueblo... por estar solo conmigo?

—Carmelita, he venido para decirte que des-

de ahora en adelante, suceda lo que suceda, seré siempre tu amigo.

Estaba arrepentido de lo que había hecho. ¡El se interesaba tanto por Carmelita!

Tou Tou, el amigo de Luigi, desde la puerta, contempló a los dos jóvenes y corrió a la cantina de Madame Anatolia a advertir al italiano.

—Quiero ser tu amigo... tu amigo... — repitió Marvin.

—Para amigo ya tengo a Luigi — contestó ella, serenamente.

El rostro de Marvin se contrajo con una mueca de amargura.

—Carmelita, tú no me entiendes... Yo no te amo como Luigi... Yo te amo... como un hermano...

—Mejor será que me quieras como un hijo, y así tendré dos: tú y Luigi...

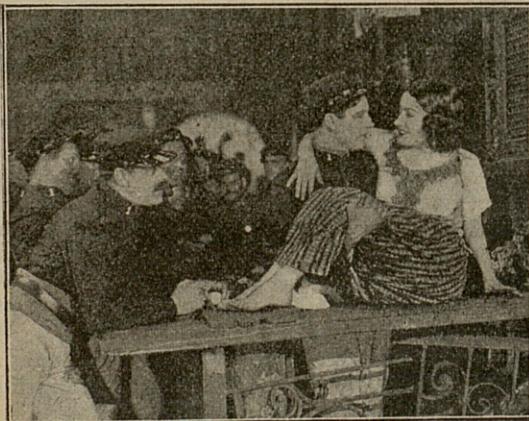
Marvin escuchó con asombro estas palabras... Pues, entonces, ¿Luigi no era para Carmelita otra cosa que un hermano?

Y siguieron hablando, tejiendo con las ilusiones de su juventud los hilos invisibles del ensueño. Entraron grupos de legionarios. Marvin cogió a Carmelita y la llevó al mostrador. Los soldados admiraban este amor naciente.

Mientras tanto, en la cantina del Regimiento se desarrollaba una escena sentimental... Uno de sus intérpretes actuaba impulsado por el deseo, y el otro por la avaricia.

Eran Luigi y Madame Anatolia. El primero sentía hacia esta hembra madura el deseo ar-

diente de su alma curtida ya por los años. La mujer, en cambio, consideraba a Luigi como un valor comercial que era necesario adquirir para su tranquilidad.



*Marvin cogió a Carmelita y la llevó al mostrador.*

El italiano abrazaba a Anatolia, pretendiendo que se casara seguidamente con él. Pero la cantinera, con arrumacos de vieja gata, defendíase aún...

—No... no puede ser... Siempre acostumbro llevar luto un mes entero.

Y aprovechando una riña que se suscitaba en una de las mesas, Madame Anatolia, con otros legionarios fué a separar a los contendientes.

Tou Tou, que llegaba corriendo, se acercó a su amigo y le espetó a boca de jarro:

—Luigi, si no te andas con cuidado vas a perder a tu Carmelita... Ese yanqui azul te la va a robar.

—¡Mientes!...

Y le levantó como si fuera a tirarlo contra las mesas.

—Te juro que es verdad, te lo juro...

Y le dió datos ciertos que el otro acabó por aceptar. ¡Ah, estúpido Marvin! ¡Iba a matarle frente a frente, para castigo y ejemplo!...

—Aguarda, no le rompas la espalda toda-día... Vamos a emplear un medio mejor que éste.

Hablaron con tres moras del barrio, poniéndose de acuerdo para preparar la emboscada... ¡Cuidadito, eh!... Cuando Marvin saliera de la taberna.

Carmelita y Marvin habían conversado hasta entonces, volándoles el tiempo, sin darse cuenta de su paso... Pero llegaba la hora de salir, había que regresar al cuartel antes del toque de silencio. Todos los legionarios marcharon. Pero Marvin escondiése debajo del mostrador, y fué descubierto por Carmelita.

—Debes estar muy cansada — le dijo el joven —. ¿No quieres que te ayude?... Regresaré corriendo al cuartel.

—No, no, ¿quieres volver a asustar al pueblo con tus carreras?... Has de irte sin falta...

Aquella entrevista había hecho nacer una simpatía dulce entre los jóvenes. Comenzaban a sentirse ligados por el eterno compañero: el amor.

Marvin había salido ya del café. Pero ante la puerta de verja labrada, pretendía aún seguir cantando sus entusiasmos.

—Carmelita, no me es posible apartar tu imagen de mi mente... Quiero decirte una cosa... y te la diré, quieras o no...

Abarcó con sus brazos el talle de ella, cruzando las manos tras la espalda de Carmelita.

—Eres un capullo de rosa, Carmelita... Mi amigo Juan Boule se quedó corto en tus alabanzas...

—Déjeme, Marvin...

—No...

—Y ahora ¿me dejarás?

—¡Carmelita!...

Y retiró precipitadamente los brazos... La muchacha, con una navaja que tenía escondida bajo la falda, acababa de clavarle suavemente su punta en las manos.

—Adiós... Marvin...

Y él, después de saludarla por última vez, emprendió su camino de retorno por las calles estrechas, sumidas en la penumbra del anochecer. De pronto vinieron a herirle unos gritos claros y angustiosos.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Marvin corrió hacia el sitio de donde partía la

voz y descubrió a una mora que, en un rincón, con las manos tendidas, profería gritos de dolor. Llevado de su espíritu generoso lanzóse a socorrerla, cuando se sintió herido por un violento



—Eres un capullo de rosa... Mi amigo Juan Boule se quedó corto en tus alabanzas.

golpe en la cabeza. Sin proferir una queja se desplomó en tierra.

—Ya es nuestro — dijo una voz de hombre.

Eran Luigi y Tou Tou que apostados en la esquina habían herido arteramente a Marvin.

—Ahora quítémosle el machete y el correaje... Le despojaron instantáneamente de aquellas prendas, y perdiéronse en la obscuridad nocturna.

Cuatro moras, surgidas como por ensalmo, cayeron esta vez como cuervos sobre Marvin. Le quitaron la guerrera y el dinero, huyendo presamente, temerosas de la acción de la justicia.

Pero Carmelita, que había permanecido reclinada en la puerta, pensando en las suaves palabras del soldado, vió pasar a dos moras que se disputaban una guerrera militar, y temiendo alguna desgracia salió del café, arrebatando la prenda a las otras mujeres.

Las moras huyeron a la desbandada, y sospechando Carmelita alguna agresión, extendió la vista por el espacio negro, perforado por escasas luces. Algo que sobresalía de la horizontalidad de la calle le llamó la atención, y corrió hacia allí.

—Marvin... — murmuró.

El soldado había recobrado el conocimiento, pero bajo la influencia del golpe parecía aturdido. Se dejó conducir por Carmelita hacia el café, tendiéndose en un lecho, y perdió de nuevo las fuerzas, no oyendo las palabras de ternura de la muchacha.

Carmelita había encendido dos velas ante un Santo Cristo, y arrodillada rogaba a Dios que no castigasen a Marvin con la disciplina dura e implacable de la Legión. La perdida del equipo era castigada con muy severas penas.

Poco a poco pareció Marvin volver a la vida.

Estaba pálido. Pasó las manos por su cabeza desgreñándose los negros y cuidados cabellos. Comenzaba a recordar... ¡Ay! ¿dónde estaban su machete, su guerrera, su kepis? ¡Le habían robado miserablemente!

—Aquellas arpías te robaron el cinturón y la bayoneta — le explicó Carmelita—; pero no te apures, que yo consiguiré un uniforme nuevo...

Oyéndola hablar, Marvin olvidó su propio dolor. Sentía junto a él la esencia de aquella criatura graciosa y juvenil que le había cuidado con manos de ángel.

Sus brazos se extendieron hacia ella y acarició una medalla con una cadenita de oro que pendía de su cuello...

—Era de mi madre... — explicó Carmelita.

El joven miró con devoto amor a la muchacha y quiso atraérsela contra su pecho.

—Carmelita... no sé cómo decirte...

Quiso besarla, pero ella le apartó con gesto de desaliento.

—No puedo...

Quedó pensativa, atormentada tal vez por un recuerdo triste.

—¿Luigi? — preguntó él, adivinando...

—Sí... por él... A Luigi le debo la vida... todo... Confía en mí... Es leal... ¡Y yo le he de ser fiel!

Una sonrisa de burla apareció en los labios del soldado ¡La felicidad de Luigi! ¡Bien la co-

nocía él! ¡Y que preguntasen a Madame Anatolia!

El semblante de la joven se transformó. Sus manos no pudieron contenerse y abofetearon a Marvin...

—Recuerdo que una vez le llamé a usted caballero... Y ahora me arrepiento de ello, porque los caballeros no mienten.

No, no podía creerlo... ¡Abandonada por Luigi! ¡Qué absurdo!

El joven, aturdido por la frenética nerviosidad de Carmelita, callaba, temeroso de provocar una ruptura definitiva.

En aquel instante se presentó en la taberna el sargento Le Gros, con un pelotón de soldados.

Tou Tou, de acuerdo con Luigi había comunicado al sargento que Marvin no acudiría aquella noche al cuartel, porque le habían visto salir a hurtadillas para regresar al barrio moro. Y Luigi confirmó en todas sus partes esa declaración de su amigo.

Le Gros se dispuso a encontrar al desertor. Y como le habían indicado la posibilidad de que estuviera por los alrededores de la taberna, y conocía la buena amistad de Marvin con Carmelita, acababa de entrar en el establecimiento mirando con ojos de sabueso todos los rincones de la casa.

—Carmelita — gritó.

La joven, que estaba discutiendo con Marvin en su habitación, ordenó al legionario que no

saliera de allí, mientras ella iba a despedir al sargento.

—¿Qué ocurre, Le Gros? — dijo.

—A ver. ¿Dónde está tu amante? — rugió el sargento a quien todos los legionarios temían porque él era el encargado de castigar con mano de hierro a los indisciplinados.

Los labios de Carmelita se contrajeron en una mueca de ira. ¡Miserable, insultarla así!...

—¿Cómo se atreve usted?

—Contesta: ¿Qué has hecho de tu amante?

—¡Le Gros... cuidado con sus palabras!

—Registraremos la casa... Ea, hazte a un lado. Pero abrióse la puerta, apareciendo en el marco la figura fatigada de Marvin.

Carmelita se acercó y le dijo en voz baja:

—¡Sobórnalo! ¡Sobórnalo!

Bien conocía ella los procedimientos de Le Gros. Mucho hierro para los pobres, pero su ferocia se ablandaba cuando veía unos billetes de banco.

Los dos hombres se miraron frente a frente. Le Gros exclamó:

—Síguenos... Vas a purgar tu falta.

—Sargento, no trate tan duro al muchacho — dijo Carmelita —. Su única falta está en que es hijo de rico.

Al escuchar esta última palabra, Le Gros cambió de expresión. Si era rico bien podía darle algún dinero... y no se hablaría más del asunto. Quitóse el kepis, colocándolo frente a Marvin

para que este depositara en su fondo el precio de la libertad.

Pero Marvin, comprendiendo esta intención, le rechazó bruscamente, diciendo:



—¡Que me mate si quiere, pero no le daré un centavo! ¡Me fastidian los matones!

—¡Que me mate, si quiere... pero no le daré un centavo! ¡Me fastidian los matones!

—¡Ah, perro!... — rugió Le Gros.

Y ordenó al pelotón que detuviera a Marvin.  
¡Cara pagaría su osadía!

¡Insultarle a él, que era el amo del regimiento!... Tendría que purgar su falta con lágrimas de sangre.

Carmelita les vió partir, desolada, lanzando una última mirada a su amigo que se mantenía sereno e inmutable, con la superioridad de la justicia.

... el vinagre?... De ninguna manera — dijo, devolviéndosela.

\*\*

Carmelita, conociendo la avaricia de Le Gros, se propuso explotarla en beneficio de Marvin.

Al día siguiente se dirigió al cuartel, preguntando por el sargento. Iba envuelta en un amplio mantón y llevaba en la cabeza un enorme sombrero, al estilo americano.

Le Gros la interrogó con dureza.

—¿Qué te trae por aquí?

—Mira... Quiero que sueltes a Marvin... He ahí el precio.

Y alzando el sombrero, dejó ver sobre su cabeza una botella de vino que se mantenía en posición vertical.

El sargento cogió la botella y la destapó, oliendo su contenido.

—¿Quieres que ponga en libertad a tu Yanqui Azul por una botella de vino más agrio que

el vinagre?... De ninguna manera — dijo, devolviéndosela.

Pero Carmelita no se daba por vencida. Se-



... llevaba un enorme sombrero, al estilo americano...

ñalando un collar que rodeaba su cuello, le propuso:

—¿Y esto?

El sargento lo examinó, respondiendo:

—¡Latón!... No me convence...

La muchacha, con un gran esfuerzo, mostró entonces la medalla de oro pendiente de la cadena del mismo metal.

—¿Hace?

—Eso es otra cosa! ¡Oro!... ¡Admirable!

Ella le entregó, con dolor, aquel regalo materno... Lamentaba tener que desprenderse de él, pero Marvin estaba sufriendo riguroso castigo y ella quería libertarle.

El sargento prometió soltar a Marvin, y la muchacha regresó complacida de su triunfo.

Entretanto, en la taberna, Luigi y Tou Tou despachaban a los parroquianos. Los dos amigos comentaban tranquilamente el mal fin del soldado Marvin.

—El Yanqui Azul nos dejará tranquilos por un rato... — dijo Tou Tou.

—Y si sale de su castigo con vida — amenazó Luigi — entonces me encargo yo del resto...

Esta conversación fué oída por Le Broadway que se había acercado al mostrador para pedir una botella de vino.

Los dos cómplices, al ver que Broadway les escuchaba cesaron de hablar, despachando al joven.

Este, con la botella bajo el brazo se encaminó hacia la mesa donde le esperaba Boule.

—Es lo que yo te digo — manifestó a Boule—: Luigi y su compinche tienen la culpa de lo que le ha pasado a Marvin... Escuché su conversa-

ción... Luigi dice que va a acabar con Marvin cuando salga del cuartel...

—Yo te aseguro que Luigi no volverá a ponerle las manos encima a Marvin.

Por la noche, Carmelita aguardaba ansiosa la llegada de Marvin... Se había dicho a sí misma que no amaba a su amigo. Y sin embargo, el solo pensamiento de que pronto le vería le alegraba el corazón.

La taberna estaba desierta. Carmelita, con la actitud soñadora de una enamorada, esperaba... De pronto, vió junto a la puerta a Marvin... Y sin saber lo que hacía, con rasgo coquetón, deseosa de bromear un rato con su amigo, se dirigió a la escalera que conducía a las habitaciones superiores, y se dejó caer en uno de los peldaños, como muerta.

Marvin se turbó al ver a la joven en aquella actitud.

—¡Carmelita!... ¡Carmelita!... ¡Amor mío!...

La levantó en brazos, paseándola, sin saber qué hacer, por el café... Ella le observaba con el rabillo del ojo, y de vez en cuando le pegaba algunos suaves golpes en la espalda.

Marvin se disponía a pedir auxilio, cuando un nuevo golpe de ella le advirtió de que la dulce enamorada le estaba tomando el pelo.

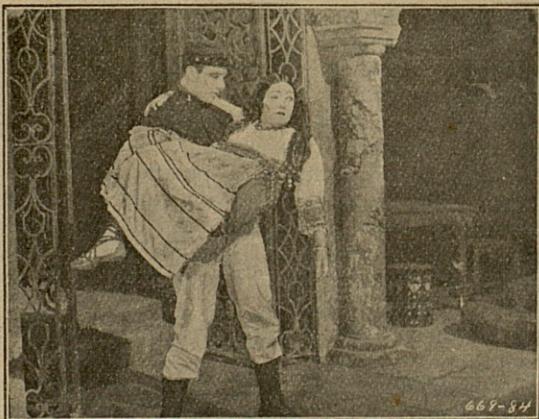
—Carmelita... ¿pasó ya el desmayo? — le dijo riendo.

La muchacha, abriendo unos ojos enormes, agrandados por la fingida sorpresa, contestó:

—No me acuerdo de ti...

—Muchacha... Soy Marvin... tu amigo...  
—¡Ah, el señor Marvin!... ¿Dónde estuvo usted todo este tiempo?

—¿Por qué me preguntas dónde he estado?



—Carmelita... ¿pasó ya el desmayo?

—Acaso no lo sabes? Lo que a mí me interesa saber es cómo he obtenido mi libertad...

—Lo ignoro... Tal vez el buen corazón de Le Gros...

Y siguieron hablando, gozando Carmelita en tomar a broma la libertad, con coqueterías de

mujer que se siente segura del cariño de su amado.

Pasaba el tiempo, sin que se dieran cuenta. Boule, desde una ventana, contemplaba la escena, contento de ver libre a su amigo. Llegóse hasta él su compañero Le Broadway para advertirle:

—Luigi se ha enterado de que a Marvin le han levantado el castigo... Y viene hacia acá para matarle.

En efecto, poco después, seguido de gran número de legionarios, ansiosos de ver una pelea, Luigi, sospechando que su enemigo estaba en la taberna, se dirigía a ella.

Pero Juan Boule detuvo su paso.

—Amigo mío, tus modales me ofenden y me parece que va siendo hora de que te enmiendes.

—Déjame ahora... tú me las pagarás también...

—No, no; te desafío a pelearte conmigo con pistolas... Y si no aceptas el desafío, en la Legión te conocerá todo el mundo por Luigi, el Cobarde.

El italiano palideció.

—¡El cobarde eres tú que no quieras pelear conmigo a puño limpio!...

Pero los legionarios, acuciados por el ardor del lance en perspectiva, coreaban a los contendientes. ¡A matarse en la taberna, diablo!

Llegaron todos al café. Luigi, cobarde con los valientes, estaba preocupado. Aquella intervención de Boule, el mejor tirador de pistola del Regimiento, le hacía poca gracia.

Carmelita estaba hablando con Marvin. Pero corrió al encuentro de Luigi, al ver que Juan Boule ponía sobre una mesa dos pistolas.

—Quiero hablar contigo a solas — le dijo Luigi.

Entró con Carmelita en una de las habitaciones del café, y, con el pánico del hombre cobarde, le dijo a la muchacha:

—Juan Boule me ha retado a duelo con pistolas.

Ella tembló. Conocía la gran fama de tirador de Boule, y suponía a Luigi hombre muerto.

—¡Oh, este duelo no debe realizarse! —dijo—. Voy a obligar a Juan Boule a pedirte perdón... Vete a la cantina y espérame allí.

El vió el cielo abierto ante la intervención de su amiga.

—Si te empeñas, iré...

Y saliendo por una puerta excusada, corrió hacia la cantina de Madame Anatolia.

Carmelita creía aún en Luigi; no había dado crédito a las noticias de su unión con la cantinera, y quería salvarle de las garras severas de Boule.

En el salón, Boule decía a sus compañeros:

—Luigi y yo dispararemos por encima de esta mesa. Una de las pistolas está cargada, y él tendrá la preferencia.

Marvin, furioso contra el tabernero, gritó:

—Déjame pelear con él, Boule.

—Este es un asunto particular y en la Legión uno no se mete en lo que no le importa...

Aguardaban todos, impacientes, a que Luigi saliera de la habitación donde hablaba con Carmelita. Pero la que apareció fué la muchacha, quien rogó a Boule que la siguiese.

Ya en el cuarto contiguo, Boule preguntó:

—¿Dónde está Luigi?...

—Lo mandé a la cantina para impedir el desafío...

—¿Por qué has hecho eso?... ¿No sabes que Luigi es el peor enemigo de Marvin?

—¡Oh... no... no!... — respondió ella, temerosa de ver frente a frente los nombres de las dos personas que llenaban su vida.

—¡Carmelita! — dijo severamente el legionario — ¡tú amas a Marvin!

Ella inclinó la cabeza y contestó:

—Sí, le amo... Pero ya te dije que Luigi me salvó la vida y yo debo salvar la suya. ¡No le desafíes, te lo ruego!...

—Bueno... Estoy dispuesto a retirar mi desafío... con una condición...

—¿Cuál?

—Que mientras yo le hablo a él en la cantina de Madame Anatolia, tú esperarás afuera y escucharás lo que le digo.

—¡La vieja regañona!... ¡No quiero poner los pies en sus pisadas! — gritó.

—¡Hazlo por Marvin... por él!...

Y ella, sacrificando su amor propio, intrigada también por el proceder de Boule, accedió a acompañarle.

Cuando volvieron a la gran sala, llena de legionarios impacientes, Boule gritó:

—Caballeros, siento mucho darles esta decepción... No va a haber desafío.

Y recogiendo las dos pistolas, salió de allí.

Todos quedaron decepcionados. Tou Tou reía malévolamente, pero Le Broadway acalló su risa con una soberbia patada.

—¡A callar, cobarde!

El otro miedoso salió del café.

Carmelita ordenó a Marvin, que pretendía ir con ella:

—Quédate aquí... y espéranos...

El enamorado accedió a permanecer en el mostrador, pero deseando medir su fuerza con Luigi. ¡Le odiaba!

Boule y Carmelita llegaron al cuartel, y en la puerta de la cantina, el soldado, entregando una pistola a la muchacha, le dijo:

—¡Espérame... y escucha!

Penetró en la cantina. Luigi, en el mostrador, junto a Madame Anatolia, sentía ya en cierto modo el derecho de propiedad. Probablemente, la cantina sería suya con el tiempo.

Al ver a Boule, mudó de color.

—Luigi — dijo el legionario Boule con voz tranquila —, retiro mi desafío... No tengo deseos de pelear contigo.

Luigi respiró con fuerza. ¡Cobarde!

—Ya sabía yo que me tendrías miedo... No sé como no te retuerzo el pescuezo — respondió con la fanfarronería de todos los miserables.

Boule, con un pequeño gesto, le mostró la pistola que llevaba en el cinturón, y esta vez el legionario prefirió callar.

El amigo de Marvin abandonó la cantina. El italiano, respirando con fuerza, gritó al verle desaparecer:

—¿Ven ustedes, señores? ¡Le tiene miedo al Gran Luigi!

Carmelita, que había presenciado la escena a través de los cristales, le dijo a Boule, conmovida por el acto de aquel hombre que había sacrificado su orgullo:

—¡Qué bueno has sido conmigo, papá Boule! ¡Si hay alguno que te llame cobarde, no sabe lo que se dice!

—¡Calla! — respondió el soldado.

Llegaron hasta ellos las voces de Madame Anatolia y de Luigi.

—Cuando nos hayamos casado, tienes que olvidar por completo a esa gata napolitana — decía la mujer.

—Estoy cansado de ella! — respondió Luigi —. La recogí del arroyo, y por lo que me importa, puede volver al arroyo si quiere.

Carmelita se extremeció al oír aquello. ¡La verdad aparecía ante ella! ¡Ah, el miserable!

—Por mí, puede ser del primero que la quiera — seguía diciendo Luigi.

Carmelita apretó el gatillo de su pistola. Iba a disparar. El mostrador estaba junto a la puerta y el blanco era seguro. Pero algo, un pensamiento, una deuda antigua, le obligó a bajar el

brazo. Abrió la mano, y el arma hubiera caído de no cogerla Boule oportunamente.

—¡Luigi — murmuró —, tú me salvaste la vida!... Ahora te he salvado la tuya... ¡Amor con amor se paga!

Boule la contemplaba en silencio, y después la dijo:

—No me atrevía a hacerlo, pero comprendí que era la única manera de darte a conocer la verdad... ¡Vivías tan engañada!...

—¡Oh, papá Boule! — replicó ella —. ¡Ahora soy libre para amar con toda mi alma a Marvin! ¡Vamos a la taberna!

Corrieron hacia ella, y Carmelita se echó en brazos de Marvin, gritando con toda su alma:

—¡Soy libre!... ¡Libre para amarte!...

—¡Carmelita... mi amor!...

—Y proclamaban su triunfo entre la alegría general de los legionarios. ¡Bien por la juventud!

Pero, poco después, se presentaba, de regreso de la cantina, Luigi.

Ella, como una gata celosa, le señaló la puerta, rugiendo:

—¡Fuera de aquí! ¡Vete con tu vieja cantinera!

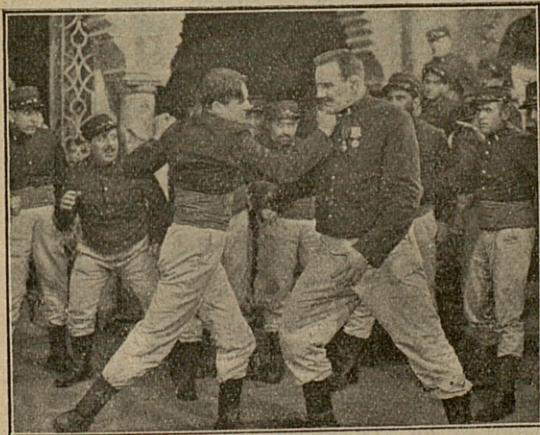
—¿Qué es eso, Carmelita? — dijo el italiano.

—¡Luigi!... — rugió el joven Marvin con energía —. ¡Carmelita es mía... y sólo mía! ¡Ven a quitármela!

—¡Tú... siempre tú... en mi camino!...

Y los dos hombres emprendieron una lucha feroz, de bestias agitadas por las más feroces pa-

siones. Luigi recibió un primer golpe formidable de Marvin, y cayó al suelo. Pero pronto acumuló energías. ¡A puñetazos, su combate favorito! Comenzó a pegar con violencia de ariete sobre el



*Los dos hombres emprendieron una lucha feroz...*

cuerpo débil del muchacho, haciendo manar sangre de su boca, hasta que, como un pelele, se desplomó, casi sin vida.

Carmelita lloraba...

—¡Miserable!... ¡Miserable!...

Los legionarios, aterrados por la brutalidad de Luigi, presenciaban en silencio el combate. Y entonces ocurrió algo trágico. El gigante levantó a Marvin, cogiéndole por la cabeza y los pies, y comenzó a doblar su cuerpo, deseando romper, con la perversidad del más vil asesino, su columna vertebral. Iba a triturar sus huesos con un refinamiento de salvaje.

—¡Ah... infame! — gimió Carmelita —. Y, rápida, con la exalación de un rayo, asió un cuchillo y lo clavó hasta el fondo de la espalda de Luigi.

El malvado se retorció unos instantes, destrozado por el puñal, y cayó sin vida.

Carmelita, junto a Marvin, lloraba con desesperación nerviosa.

Y entonces se oyó la voz de Boule, como un mandato:

—¡Por el amor que todos sentís por Carmelita, prometedme que juraréis que Luigi cayó en manos de los árabes!

Cien manos se levantaron hacia el techo en señal de conformidad. ¿Qué no harían por Carmelita?

Por suerte, Tou Tou había tenido que regresar al cuartel, pues llegaba su turno de guardia, e ignoraría siempre el verdadero fin de su amigo.

—Entendidos... ¡Una riña callejera!... ¡Una puñalada traídora!... ¡Y el que se atreva a decir otra cosa se entenderá conmigo!... Y ahora tú,

Le Broadway, vete corriendo al cuartel y da el informe... Podemos confiar en los muchachos.

Le Broadway marchó de allí. Y el informe pasó por verdadero... Una cuchillada traídora mató a Luigi... Nadie se atrevió a dudar de ello. ¿Un bárbaro menos qué importa al mundo, si con su desaparición se hace la felicidad de dos seres?

Algun tiempo después, curado ya Marvin de sus heridas, vivía la existencia feliz que proporciona el amor... Un día, en el campo, declaró a Carmelita su pasión, esta vez aceptada por ella. Se había enterado de que la joven había comprado su libertad y la adoraba con locura.

Habían ido de excursión con Boule. El noble inglés, discretamente alejado, les miraba sonriente. ¡Ay, quién volviera a ser joven!

Y Marvin, arreglando un anillo con unas florecitas silvestres, lo colocó en el dedo de su amada, diciendo:

—Tendrás que conformarte con éste, hasta que pueda comprarle al sargento Le Gros la sortija de tu madre...

Ella le besó en silencio.

—¡Marvin!...

Iban a casarse. Dentro de pocos meses, el joven terminaba su compromiso en la Legión, y entonces abandonarían Argel para trasladarse a América y vivir allí la existencia gloriosa del amor. Olvidarían el pasado; comenzarían una vida nueva y joven, una primavera sin fin...

— F I N —

PRÓXIMO NÚMERO:

La gran superproducción

## LOS HOMBRES QUE PAGAN

Creación de la gran artista POLA NEGRI  
y del célebre galán ROBERT FRAZER

EMOCIÓN - INTERÉS - VERISMO

Sea usted coleccionista de  
**LOS GRANDES FILMS**

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

ACABAN DE SALIR  
**SIN FAMILIA**

Por LESLIE SHAW

La película que llegará al corazón de  
las multitudes.

Y  
**MARE NOSTRUM**  
por Alice Terry y Antonio Moreno  
EDICIONES ESPECIALES  
DE

La Novela Semanal Cinematográfica

COLECCIONE USTED

LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA  
BIBLIOTECA

## Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.-El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.-El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos.  
¡¡París...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón.-Románcide Meredith.-El Fantasma de la Ópera.-El trozo vacante.-El Caid.-Madame Sans-Gêne.-América.-Cuando las mujeres aman.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Lila...-Demasiadas mujeres.-Nobleza batarra.-Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar. l difunto Matías Pascal.-La marca de fuego.-Los Hijos de Nadie.-Pescador de Islandia.-La 8<sup>a</sup> mujer de Barba Azul.-El Bebe o de la Victoria.-El proce-o de Nancy Preston.-Justicia gitana.-La Poupée de París.-El abanico de Lady Windermere.-Por la Patria.-Amor de Padre.-El asalto al ambulante de Correos. Dick, el Guardia Marina.-Boy.-La conquista del Amor.-Bajo el cielo de Monte-Carlo.-La Barrera.-La Hechicera.-Maternidad.-Los niños del Hospicio.-El diablo santificado.-La calle del olvido.-¿Tener hijos los pobres? Gorriones.-Rosa de levante.-El Trasatlántico.-El hijo pródigo.-El mundo perdido.-La novia fingida.-El místico.-La novela de una noche.-La que no sabía amar. Montecarlo.-Malvaloca. La Favorita de la Legión.

Precio de cada libro: 50 céntimos

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRÁFICA

*La Viuda Alegre*, por Mae Murray y John Gilbert.—*El Gran Desfile*, por John Gilbert y Renée Adorée.—*Miguel Strogoff o El Correo del Zar*, por Ivan Mosjoukine y Natalia Kovanko.—*La Princesa que supo amar*, por Huguette Dufflos y Charles de Roche.—*El Coche n.º 13*, por Lili Damita.—*Sin Familia*, por Leslie Shaw.—*Mare Nostrum*, por Alice Terry y Antonio Moreno.

EN PREPARACIÓN:

**Nantás, el hombre que se vendió**

por Lucienne Legrand y Donatien.

Y

**C O B R A**

por el malogrado Rodolfo Valentino.

¡SIEMPRE LO MAS GRANDE!

